

Las paradojas del primer semestre

SERGIO SARMIENTO

"Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos".
Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*

Una encuesta publicada en el periódico *El Norte* poco después de concluir el primer semestre de 1993, muestra la opinión de un grupo de empresarios regio-montanos en el sentido de que la "crisis del 93" era peor que la de 1982. Las cifras macroeconómicas por sí solas difícilmente avalan esta opinión. En consecuencia, los psicoanalistas nos dirán que el tiempo ha suavizado algo de las asperezas del desplome de 1982, y algún comentarista añadirá la perla de sabiduría popular: "Todo tiempo pasado fue mejor".

Sin embargo, al examinar con mayor cuidado las informaciones económicas del primer semestre, y en especial el desempeño de las empresas, la razón de la actitud de esos regiomontanos -la mayoría dueños de pequeñas y medianas firmas- adquirirá su verdadera dimensión. Los primeros seis meses de 1993, después de todo, fueron en verdad dramáticos para estas pequeñas y medianas empresas.

La desaceleración económica iniciada en 1992 no sólo continuó, sino que se acentuó en el primer semestre de 1993. El crecimiento del Producto Interno Bruto durante los primeros seis meses del año alcanzó un nivel de apenas 1.3 por ciento. Esta cifra es significativamente inferior al 2.8 por ciento del primer semestre de 1992, o al 2.6 por ciento que se observó a lo largo del año pasado.

El sector primario -que incluye la agricultura, la ganadería, la silvicultura y la pesca- sigue siendo el principal lastre de la economía. En este sector no puede hablarse de una simple desaceleración. Si la recesión se define como dos trimestres consecutivos de caída de la producción, nos encontraremos con que este sector se encuentra ya en esa situación.

Los problemas del sector primario están teniendo lugar, por otra parte, en un momento en que las lluvias en el país han sido abundantes y las presas se encuentran rebosantes de capacidad. No se puede ya culpar a la madre naturaleza. Los precios de los productos del campo, simplemente, han caído a niveles desastrosos -como es el caso del café y el azúcar- mientras que las altas tasas de interés se han reflejado en una cartera vencida estratosférica para los productores del campo. En un momento en que el país se vanagloria de su carrera a la modernidad, finalmente, la falta de inversión mantiene a amplios sectores del campo sumidos en el siglo XIX.

El sector secundario o industrial incluye una amplia gama de actividades, que van desde la extracción y refinación de petróleo y minerales hasta la generación de electricidad, pasando por las manufacturas. Su crecimiento, que se aproximó a un promedio de 3 por ciento a lo largo de 1992, apenas pudo alcanzar un nivel de 1.2 por ciento en el primer semestre de 1993.

*El autor es director editorial en Latinoamérica de la Encyclopaedia Britannica y es columnista de varias publicaciones como *El Financiero*, *El Norte* y la revista *Expansión*.

Lo peor de todo es que la producción de manufacturas, uno de los subsectores que mayor empleo generan en el país y, además, el motor del crecimiento económico de 1989 a 1991, mostró ya en el primer semestre de 1993 síntomas de haber perdido toda su vitalidad. Durante los seis primeros meses de este año, efectivamente, el subsector de manufacturas creció apenas 0.2 por ciento. Incluso esta cifra marginal de ascenso oculta el hecho de que, por primera vez desde 1987, la producción de manufacturas cayó en el segundo trimestre del año.

El sector terciario o de servicios registró, al igual que el industrial, un crecimiento de 1.2 por ciento en el primer semestre de 1993. Estas actividades, que habían encabezado el dinamismo económico que aún quedaba en 1992, cuando tuvieron un crecimiento del 3.1 por ciento, se unen así francamente a la desaceleración, lo cual refrenda la sabiduría convencional en el sentido de que en las fluctuaciones económicas, los servicios van siempre detrás de los otros dos sectores pero a la postre los alcanzan.

No sólo está creciendo con lentitud la economía sino que lo está haciendo con amplias fluctuaciones. A lo largo de los últimos seis trimestres sobre los que se tiene información, el crecimiento ha rebasado en dos ocasiones el 3 por ciento anual, pero sólo para caer posteriormente a cifras inferiores al 2 por ciento. La desastrosa cifra de 0.3 por ciento del segundo trimestre de 1993 fue precedida por otro crecimiento, razonablemente alto, de 2.4 por ciento en los tres primeros meses del año.

Estas amplias fluctuaciones impiden a las empresas planificar sus actividades de manera adecuada. Así, los barruntos de recuperación que nunca se concretan han llevado en algunos casos a inversiones sustanciales pero irre recuperables, mientras que las cuestas convencen a los inversionistas que es mejor no arriesgar dinero en una situación de incertidumbre. Curiosamente es la inversión extranjera la que continúa aumentando a fuerte ritmo, lo cual indica que son los capitalistas del exterior quienes ven con mayor claridad el futuro de largo plazo de México.

En economía no hay mal que por bien no venga, por supuesto, y así la desaceleración, con todo el sufrimiento que ha implicado, ha servido para mejorar ciertos indicadores comerciales y financieros del país. En ningún punto es esto tan evidente como en el sector externo.

La balanza comercial mexicana, cuyo déficit había venido creciendo a un ritmo de 100 por ciento en años anteriores, ha estabilizado su situación en 1993, y durante el primer semestre mostró una mejoría, por primera vez desde los años ochenta. El saldo comercial total -sin incluir las maquiladoras- disminuyó en 0.8 por ciento. Esta cifra es particularmente sorprendente si se toma en cuenta la debilidad del precio del petróleo a nivel internacional. La mezcla del crudo mexicano se vendió en el exterior a un promedio cercano a los 13 dólares por barril,

monto inferior en casi un dólar al del año anterior. Pese a ello, las exportaciones mexicanas aumentaron 7.8 por ciento, mientras que las importaciones lo hicieron a una tasa significativamente más moderada, de 4.3 por ciento.

En cierta medida, cuando menos, esta mejoría en el sector externo es producto de la desaceleración: cuando una economía crece menos, requiere una menor cantidad de bienes y servicios del exterior. Pero el hecho de que las exportaciones hayan mantenido su dinamismo, incluso en un momento en que las economías de los países industrializados se encuentran virtualmente estancadas, es significativo. Refleja un creciente grado de competitividad de las grandes empresas mexicanas, las que tienen capacidad exportadora, lo cual subraya que la visión de que la apertura comercial llevará a la desindustrialización es simplemente catastrofista.

Otro de los beneficios de la desaceleración económica, ciertamente, se manifiesta en la inflación. El primer semestre de 1993 será recordado por el retorno de la economía mexicana a la inflación de un dígito por primera vez desde 1972. El que algunos analistas no le presten ya demasiada atención a la inflación significa, curiosamente, que este fenómeno no constituye la amenaza que fue en el pasado. La baja en la inflación establece los fundamentos para un crecimiento sostenible en el futuro.

Las finanzas públicas, a su vez, siguen mostrando una situación que, más que consecuencia, es causa de la desaceleración. El sector público ha mantenido un superávit fiscal desde 1992, el cual permanece a un nivel de 1.7 por ciento del Producto Interno Bruto. Los recursos provenientes de este superávit se han empleado para reducir el monto de la deuda, especialmente la interna, por lo que han ayudado a colocar al sector público en una situación más saludable para un avance futuro. Pero al absorber recursos de la economía por un monto tan considerable, el sector público se ha convertido en factor de desaceleración.

Las cifras macroeconómicas nos hablan, pues, de un crecimiento de 1.3 por ciento en el primer semestre, el cual por supuesto es un mejor desempeño que la caída de 1982 y 1983.

¿Por qué entonces argumentan algunos empresarios que la situación es hoy más difícil que entonces? Porque el crecimiento está representado casi exclusivamente por las grandes empresas.

Las 500 mayores empresas (según la lista de la revista *Expansión*) registraron un aumento real en sus ventas de 14 por ciento en 1992. Durante el primer semestre de 1993, por otra parte, buena parte de las firmas que cotizan en la Bolsa -todas grandes- mostraron también cifras razonables de desempeño.

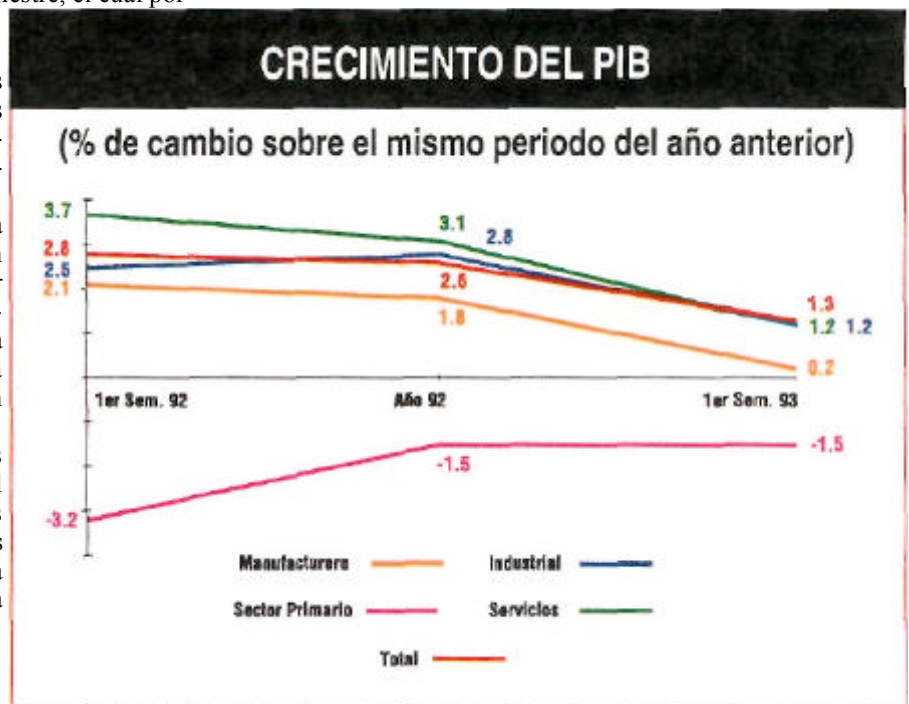
Han sido las pequeñas y medianas empresas las que han pagado el costo del ajuste económico. Esto se debe a varias razones. Por una parte, estas compañías son las que menos preparadas están para enfrentar las competencias de la apertura comercial. Por otra parte,

son ellas las que tienen que pagar el altísimo costo de los créditos de la banca nacional. Las grandes empresas, después de todo, tienen acceso al crédito barato que en este momento está disponible en Estados Unidos y en otros países.

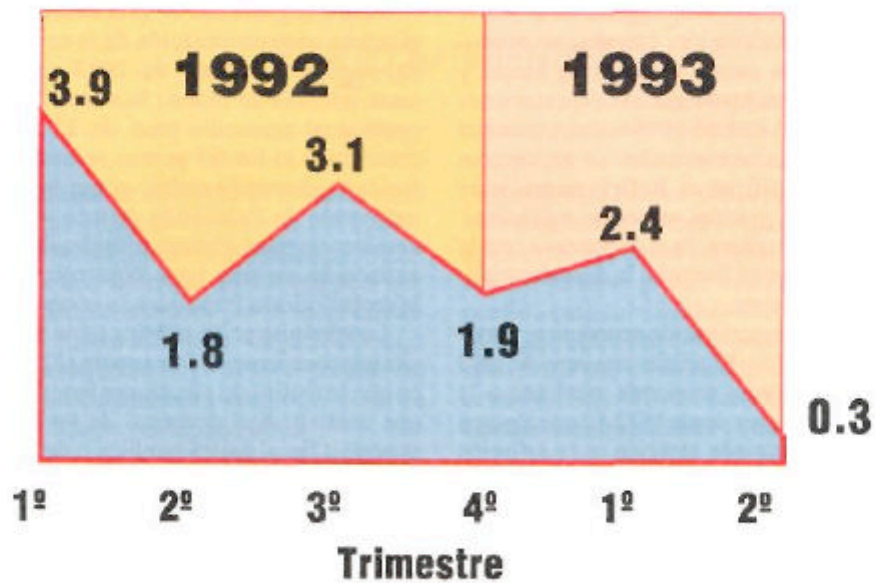
Pese a la gravedad de esta situación, las predicciones que plantean una recuperación de la economía mexicana a partir del segundo semestre de 1993 no son mera retórica. Las tasas internas de interés han empezado ya a bajar: el costo porcentual promedio pasó de 22 a 17 por ciento entre el principio y el fin del primer semestre del año. Los recursos frescos gubernamentales -como los provenientes de la privatización de Televisión Azteca y COTSA- ya no se están empleando para disminuir la deuda pública, sino que se ha anunciado su uso para construir infraestructura, lo cual inyectará cierto impulso a la economía.

La administración pública tiene la conciencia de que necesita una recuperación franca para el 21 de agosto de 1994, fecha en que se realizarán elecciones federales. Esto permite suponer que continuará el descenso de las tasas de interés y que el superávit fiscal bajará también o desaparecerá. Por otra parte, la economía internacional, que ha sido más lastre que ayuda en los últimos semestres, deberá reiniciar su crecimiento a partir del último trimestre de 1993, según la mayoría de los analistas.

La gran pregunta que alguien tendrá que hacer al término de esta desaceleración, sin embargo, es ¿cuál ha sido su costo? Sin duda la estrategia económica de los últimos seis trimestres ha tenido beneficios, pero su costo social ha sido enorme. Valga la pena señalar que, incluso en las dudosas cifras del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), el desempleo abierto del país llegó a 3.3 por ciento en junio de 1993. Esto representa una elevación de 10 por ciento sobre la tasa de desempleo de 2.9 por ciento del mismo mes del año anterior. Y si se considera que la tasa de desempleo abierto sólo mide una parte del problema total del país, nos daremos cuenta de la gravedad del asunto.



CRECIMIENTO DEL PIB



Fuente: SHCP

BALANZA COMERCIAL

(enero-junio 1993, millones de dólares)

	1992	1993	cambio %
Exportaciones	13,643.6	14,703.4	7.8
Importaciones	23,050.2	24,031.0	4.3
Saldo	-9,406.6	-9,327.7	-0.8

Fuente: Banco de México. Las cifras no incluyen maquiladoras